

Pablo Oyarzún R.

TRES TEXTOS SOBRE UN MOMENTO HISTORICO:
BURKE, NOVALIS, HEGEL

Esta breve selección expone tres textos importantes que entrañan, cada uno dentro de sus marcos propios, la reacción y la respuesta a un suceso histórico de ineludibles alcances: la Revolución Francesa. La idea de una antología mínima a propósito de ese tema nació de la atención hacia un escrito de Novalis, célebre en la historia cultural alemana: *La Cristiandad o Europa*, redactado en 1799. Al mismo tiempo, fue preciso acudir, con el fin de esclarecer algunos antecedentes, no sólo de las tesis de Novalis, sino también, en general, de la postura conservadora romántica, a unos cuantos pasajes de las *Reflexiones sobre la Revolución en Francia*, de Edmund Burke. La obra, publicada en Inglaterra hacia 1790, fue prontamente traducida al alemán —por Friedrich Gentz, en 1794—, y esta versión fue entonces frecuentada por el joven Novalis. Su admiración por el libro, su fervorosa adhesión a los planteamientos ahí contenidos, se resume en una sentencia famosa: »Muchos libros antirrevolucionarios han sido escritos en favor de la Revolución. Pero Burke ha escrito un libro revolucionario contra la Revolución« (*Granos de Polen*, fragm. 104). En fin, pareció adecuada la audición de una voz disidente, la de Hegel, en una conocida instancia de la *Fenomenología del Espíritu*, donde se ocupa en definir y criticar la vaga postura romántica, concebida como la epopeya íntima y privada del alma bella. De este modo, y a la vista del acontecimiento histórico que es la Revolución Francesa, pudieron esos textos recibir un orden aceptable, en la medida en que ellos, por lo menos formalmente, se vinculaban de manera diversa con aquélla. Para Burke, la Revolución es una horrosa pesadilla, hacia la cual no cabe tener otra actitud que la negación unilateral y plena y el escandalizado lamento. Con Novalis se advierte, en cambio, una valoración doble, que tiene pues también su cara positiva, aunque en orden a otra cosa que no es, evidentemente, la Revolución misma, sino su opuesto. Por fin, en Hegel, aunque sólo indicativamente, por la índole del texto escogido, puede entrever, a través de la crítica a la relación romántica con la realidad efectiva e histórica, es decir, ante todo con la Revolución, una actitud marcadamente más positiva.

Sería, sin embargo, ocioso preludear el pasaje de Hegel, y cualquier observación sobre contenido y doctrina no pasaría de insuficiente. Baste decir que uno de los tácitos destinatarios del trozo es, precisamente, Novalis. (Compárese con el escaso párrafo que Hegel dedica al poeta y pensa-

dor en la *Historia de la Filosofía*). Creemos, también, que la voz y la figura reveladas por los textos de Burke sustituyen todo juicio que se les quisiera anteponer. Por el contrario, nos ha parecido conveniente evacuar unos pocos apuntes acerca de Novalis —y él es, en verdad, el centro a cuyo derredor se ordenan los otros fragmentos—, unas notas introductorias que puedan presentar, ampliamente, a un autor que tal vez, entre nosotros, es poco conocido.

El segundo texto que publicamos en la selección pertenece, pues, a este principal exponente del romanticismo alemán. Novalis (o, según su nombre de origen, Friedrich von Hardenberg) merece ese puesto de preponderancia en el movimiento romántico de Alemania y, en términos vastos, de Europa, no sólo por la excelencia literaria de su obra, sino, sobre todo, por la rica hondura de su pensamiento —refractado en fragmentos grávidos de sentido futuro— y el alcance admirable de su mirada para determinar los límites y las consecuencias más extremas de las tesis románticas, aún más allá de sí mismas. Nacido en 1772 y muerto a los 29 años en 1801, se lo suele ubicar en el período inicial del romanticismo; pero él expresa de manera profunda y rigurosa la constelación entera del pensamiento romántico, el enjambre difícil de sus temas y problemas y de sus odios y pasiones.

En lo que concierne a la actitud política más identificable y peculiar del romanticismo, o, al menos, de su vertiente alemana esencial, conservadora, el escrito que hemos traducido aquí es el compendio mejor para su examen y determinación. Este fragmento reviste la forma de un pequeño tratado histórico, sin duda ardoroso de espíritu, y que sin embargo no renuncia a un rigor apreciable en el recorrido cronológico de la época moderna. A la descripción de ésta y de su desdicha creciente se dirige Novalis en una parte amplia de su ensayo, aunque encerrándola entre fronteras epocales, y dándole por origen y destino tiempos de bienaventuranza. La visión está vertebrada en torno a una historia que es, en su naturaleza más propia, historia política y religiosa. Así empieza por desplegar una vehemente pintura mítica de la Edad Media cristiana, en que ésta se exhibe como el tiempo dorado de la unidad social y espiritual. La hipérbole es evidente en cada una de sus instancias, y se interesa más en despertar la nostalgia por esa dulce época que en hacer un registro aproximadamente fidedigno de las circunstancias y los hechos. No obstante su perfección, el estado de gracia social y político y la maravillosa unidad del poder son quebrantados por una caída detestable —la Reforma—, por un cisma que se agrava más y más con el decurso de los siglos. La fe se separa del saber, y ambos se hacen enemigos irreconciliables, el hombre se aleja de lo sagrado, espiritual y divino, estrechando sólo sus negocios

más inmediatos, y así el mundo se convierte en una simple cosa secular, y, como está dicho, toda la unidad política sufre una creciente división. Por esta inexorable pendiente, e impulsado al comienzo por la rebelión dentro del propio orden antiguo que llevan a cabo los protestantes, avanza el mundo europeo hacia su ruina última y hacia la máxima ruptura. Esta, en verdad, termina produciéndose: es la Revolución Francesa. Herederos de la escisión que ha provocado la Reforma, los ilustrados conducen la situación de crisis hasta sus peores extremos, y toda esta actividad desorientada culmina en la insurrección violenta. Sin embargo, la Revolución, por ser el vértigo de la anarquía total, es también el caos genético de donde podrá emerger, nuevamente, el mundo organizado en una sociedad firme y estable, regida por un principio trascendente, un principio religioso que toma carne política. Es la resurrección del Medioevo cristiano-católico. En este momento del ensayo se hace visible el ademán característico de Novalis: ante la presencia inevitable de la Revolución Francesa, como un acontecimiento que trastorna todos los metros de la reflexión y de la acción, el autor de los *Himnos a la Noche* va a refugiarse en su concepto de la religión —que es, para él, igualdad entre fe y sociedad, y, como orden medieval arquetípico, el feudalismo—, pero no para rechazar rudamente a la Revolución, sino para integrarla en el plan más vasto, divino, de una historia político-religiosa. En ella, la Revolución es la hora ambigua en que se consuma y cierra una prolongada decadencia y se abre, posible, una nueva edad de oro, el imperio de una eterna paz.

Tal es el esbozo elemental del ensayo. El curso histórico real puede ser leído, pues, de acuerdo con Novalis, en las vicisitudes de la fe y la religión. Pero ésta, a su vez, sólo es realmente válida, según el mismo Novalis, cuando es una magnitud histórica, política y social. La verdad del cristianismo es, entonces, su vigencia histórica. Esa concepción se descifra ya en la distinción implícita establecida por el título del ensayo, entre cristianismo y cristiandad, en que se destina el último término a enfatizar el carácter político de la fe. Si el cristianismo es el corpus doctrinal y, por decirlo así, el aspecto subjetivo de la fe, carente de la fuerza y del poder de autorrealizarse, la cristiandad es la realidad social e histórica, y la fuerza de la fe es su capacidad para fundar un orden social y político estable, universal. Novalis entiende, como lo hace una dilatada tradición, que la religión es una fuerza fundadora de la sociedad; pero añade a este reconocimiento, presionado por la urgencia política, por el desmoronamiento de las instituciones largamente envejecidas que ha cumplido la Revolución Francesa y en las cuales él se reconoce, la certeza de que ésa es la única función real de la religión, y cree ver en ésta la salvaguardia última para los valores de la tradición que le interesa defen-

der. Por eso mismo, no admite la posibilidad de una evolución de la fe, de un devenir en las relaciones entre la religión y el poder político, y se vuelve, irremisiblemente, hacia el modelo medieval de la fe instituida. Queda claro, entonces, que a Novalis no le preocupa la ortodoxia católica de la fe; no es para él embarazoso declarar como mensajero de la nueva época al protestante Schleiermacher, ni resolver doctrinariamente el cristianismo en la indiferente creencia en una aptitud universal de mediación que todas las cosas habrían de tener. A Novalis sólo le interesa el sistema sólido e inmutable que vivió, en la Edad Media, bajo la efigie de la religión cristiano-católica. Así, a través de la ecuación entre la religión o la fe y la comunidad organizada, se transparenta, en Novalis, el ideal de una sociedad teocrática, un medievalismo del Estado, cuyo esquema y paradigma —y su gran concreción histórica en el Occidente— es el feudalismo. En el recuerdo y la esperanza de Novalis, el principio monárquico es el rostro rígido de este orden; su despliegue a través de la sociedad es el edificio de la jerarquía estricta; y su lazo invencible, la adhesión por la fe. Y, quizás, su agónica perseverancia en la historia tiene un testimonio en este mismo ensayo.

Universidad de Chile, Sede Santiago Norte

REFLEXIONES SOBRE LA REVOLUCION EN FRANCIA*

(Cuatro fragmentos)

Créame Señor**, aquéllos que intentan nivelar, jamás igualan. En todas las sociedades formadas por distintos tipos de ciudadanos, algún tipo debe predominar. Los niveladores, por lo tanto, sólo cambian y falsean el orden natural de las cosas; abruman el edificio de la sociedad montando en el aire lo que la solidez de la estructura requiere en los cimientos. La asociación de sastres y carpinteros de la que está compuesta la república (de París, por ejemplo), no puede compararse con la situación a la que, por la peor de las usurpaciones —una usurpación de las prerrogativas de la naturaleza—, usted los intenta forzar.

El Canciller de Francia, en la inauguración de los Estados, dijo en un refinado estilo oratorio, que todas las ocupaciones eran honorables. Si solamente quiso decir que ningún empleo honesto es deshonesto, no habría faltado a la verdad. Pero al afirmar que cualquier cosa es honorable, se implica una distinción en su favor. La ocupación de un peluquero o de un artesano de velas no puede honrar a nadie, por no decir nada de otra serie de trabajos más serviles. Tales clases de hombres no deberían ser oprimidos por el estado; pero el estado es oprimido por ellos si se les permite gobernar, ya sea individual o colectivamente. En esto usted cree estar combatiendo un prejuicio, pero en realidad Ud. está en guerra con la naturaleza.

No concibo, mi estimado Señor, que Ud. participe de ese espíritu sofístico y capcioso, de esa tontería maliciosa, como para exigir de cada observación o sentimiento general, un detalle explícito de los correctivos o excepciones que la razón tiene que suponer presentes en todas las proposiciones generales expuestas por hombres razonables. No se imagine que quiero confinar el poder, la autoridad, y la distinción a la sangre, los apellidos y los títulos. No, Señor. No existe otra calificación para gobernar que no sea la virtud o la sabiduría real o supuesta. Dondequiera que ellas se encuentren, en cualquier estado, condición, profesión u oficio, se ha franqueado el umbral que conduce a una posición y a un honor. Desgraciado el país que impía o insensatamente rechace el servicio de los talentos y de las virtudes civiles, militares o religiosos, que se le entregan para honrarlo y servirlo, y condene a las ti-

*Estos fragmentos han sido extraídos de: Edmund Burke, *Reflections on the Revolution in France* (Londres: Dent, 1971), pp. 46-49, 73-74, 82-86 y 93-94.

**N. de la T.: Se refiere al Dr. Richard Price, quien dirigió un sermón a los miembros de la Revolution Society en Londres, alabando los principios de la Revolución Francesa, el 4 de noviembre de 1789.

nieblas todos los esfuerzos realizados para difundir el lustre y la gloria en torno a un estado. Desgraciado también el país que yéndose al otro extremo considera que una educación indigna, una perspectiva estrecha y mediocre, una sórdida y venal ocupación, es un título escogido para gobernar. Todo debería estar allanado para los hombres, pero no indiscriminadamente. Ni rotativa, ni nombramientos por sorteo, ni ningún tipo de elección que opere en el espíritu del sorteo o rotativa, es aconsejable para un gobierno con miras de largo alcance. Porque dichos métodos no tienden, ni directa ni indirectamente, a seleccionar al hombre adecuado para cumplir la función asumida o adaptar el uno a la otra. No dudo al decir que el camino que conduce a la distinción y al poder, desde una condición oscura, no es fácil de realizar ni tampoco demasiado obvio. Si un mérito escaso es lo más escaso de todas las cosas escasas, debería pasar por algún tipo de prueba. El templo del honor debería estar arraigado sobre una eminencia. Si es abierto por medio de la virtud, déjese bien en claro también, que la virtud no es nunca probada sino en la dificultad y la contienda.

Ninguna representación de un estado que no represente tanto su capacidad como su propiedad, es conveniente y adecuada. Pero como la capacidad es un principio activo y vigoroso, en contraposición a la propiedad, que es indolente, inerte y tímida, es imposible que ésta se mantenga a salvo de la invasión de la capacidad, a menos que prevalezca en la representación en forma dominante. También debe estar representada en acumulaciones masivas; de lo contrario carece de protección adecuada. La característica esencial de la propiedad, formada a partir de la ordenación del principio de adquisición y conservación, es ser desigual. Las grandes acumulaciones, por tanto, que excitan la envidia y tientan la rapacidad, deben ser excluidas de la posibilidad de peligro. Es así como constituyen un baluarte natural en torno a las propiedades menores en todos sus grados. La misma cantidad de propiedad, que por el curso natural de las cosas, está repartida entre muchos, no opera en forma similar. Su poder defensivo se debilita en la medida en que está disperso. En esta dispersión, la porción correspondiente a cada hombre es menor que la que, en la vehemencia de sus deseos, ambicione ilusoriamente obtener, disipando la acumulación de otros. El despojo de unos pocos daría no más que una porción inconcebiblemente pequeña en la distribución de los muchos. Pero los muchos no son capaces de hacer este cálculo; y aquéllos que los incitan a expoliar jamás intentan esta distribución.

El poder perpetuar nuestra propiedad en nuestras familias es una de las circunstancias más apreciables e interesantes de la propiedad, y tiende más que ninguna otra cosa a la conservación de la sociedad misma. Este poder somete nuestras debilidades a nuestras virtudes e injerta benevolencia aún

en la avaricia. Los poseedores de una riqueza familiar y la distinción que acarrea la posesión hereditaria (siendo ésta una nota esencial en ella) son las garantías naturales para esta trasmisión. Entre nosotros la Cámara de los Lores está basada en este principio. Está enteramente formada por propiedades y distinciones hereditarias y constituye por esta razón, el tercio de la legislatura, y en última instancia, el único juez de toda propiedad en todas sus subdivisiones. La Cámara de los Comunes, también, aunque no necesariamente, está de hecho siempre compuesta así en la mayoría de los casos. Déjese a esos grandes propietarios ser lo que quieran —seguramente lograrán ser de los mejores— y serán en el peor de los casos por lo menos tan útiles como el lastre para el navío de la República. Porque aunque la riqueza hereditaria y el rango que la acompaña son idolatrados en exceso por sincofantas rastros y por los ciegos y abyectos admiradores del poder, esa riqueza y ese poder son demasiado fácilmente menospreciados en las especulaciones superficiales, de los miopes y arrogantes petimetres de la filosofía. Cualquier excelencia razonable y ordenada, cualquier privilegio innato (que no constituya propiedad exclusiva) no es ni antinatural, ni injusto, ni imprudente.

Hace dieciséis o diecisiete años vi en Versalles a la Reina de Francia, entonces esposa del delfín; visión más deliciosa no ha visto jamás este mundo, que apenas parecía ella rozar. La vi surgiendo del horizonte, decorando y alegrando a la elevada esfera en que recién comenzaba a moverse —resplandeciendo como el lucero del alba— llena de vida, esplendor y gozo. ¡Oh, qué Revolución, y qué corazón debo tener para haber contemplado tan fríamente ese ascenso y esa caída! Jamás imaginé que cuando ella añadía los títulos de la veneración a aquellos del amor entusiasta, distante y respetuoso, se hubiere visto obligada a llevar el fuerte antídoto contra el oprobio disimulado en su pecho. Menos imaginé que yo viviría para presenciar tales desastres abatirse sobre ella en una nación de hombres de honor y de caballeros. Creía que diez mil espadas deberían haber saltado de sus vainas para castigar tan sólo una mirada que la hubiese amenazado en forma insultante. Pero los tiempos de la hidalguía tocaron fin. Le ha sucedido el de los sofistas, economistas y calculadores, y la gloria de Europa se ha extinguido para siempre. Nunca, nunca más contemplaremos aquella generosa lealtad al rango y al sexo, esa orgullosa sumisión, esa digna obediencia, esa subordinación del corazón que mantenía vivo el espíritu de una libertad exaltada, aún en la servidumbre misma. El gratuito don de la vida, la generosa defensa de las naciones, la protección del sentimiento humano y del heroísmo, han terminado. Terminada aquella sensibilidad de los principios, esa benevolencia del ho-

nor que sentía una mancha como una herida, que inspiraba coraje mientras mitigaba ferocidad, la que enaltecía todo lo que palpaba, y bajo la cual el vicio mismo perdía la mitad de su maldad al perder toda su tosquedad.

Este régimen hecho de opinión y sentimiento tuvo su origen en la antigua caballería; y el principio, aunque diverso en su apariencia por las diversas situaciones de los quehaceres humanos, permaneció e influyó a través de la sucesión de las generaciones, incluso al tiempo en que vivimos. Si, por acaso, llegara a extinguirse del todo, la pérdida que temo será inmensa. Esto es lo que ha caracterizado a la Europa moderna. Esto es lo que la ha distinguido bajo todas sus formas de gobierno, y la distingue ventajosamente de los países asiáticos, y con seguridad de aquellos estados que florecieron en los más brillantes períodos del mundo antiguo. Fue este régimen el que, sin confundir rangos, ha producido una noble igualdad y la ha repartido a través de todas las escalas de la vida social. Esta opinión fue la que mitigó a reyes y levantó al hombre común, convirtiendo a éste en su camarada, y a aquéllos en sus compañeros. Sin fuerza u oposición aplastó la fiereza del orgullo y del poder, obligó a soberanos a someterse al suave dogal del aprecio social, sujetó la rígida autoridad a la elegancia y forzó al dominante dictador de las leyes a someterse a las buenas costumbres.

Pero actualmente todo está por ser cambiado. Todas las gratas ilusiones que hicieron amable el poder y liberal la obediencia, que armonizaron los distintos matices de la vida, que por una asimilación sin roce incorporaron a la política los sentimientos que adornaban y suavizaban la sociedad privada, están por ser disueltas por este nuevo imperio victorioso de la luz y de la razón. El púdico encortinado de la vida está por ser arrancado violentamente. Todas las ideas tomadas del armario de un pensamiento moral, del que el corazón es dueño y el entendimiento aprueba como necesario para ocultar los defectos de nuestra desnuda y temblorosa naturaleza y para elevarla a un rango digno de nuestra propia estima, están siendo escarnecidas como una moda anticuada y absurda.

En este nuevo orden de cosas, un rey no es sino un hombre, una reina sino una mujer; una mujer no es sino un animal, y no de un orden muy alto. Todo homenaje rendido al sexo en general en cuanto tal y sin mayores distinciones, es considerado como romance y locura. Regicidio, parricidio y sacrilegio no son sino invenciones que corrompe la jurisprudencia por destrucción de su simplicidad. El asesinato de un rey, de una reina, de un obispo o de un padre de familia, es solamente homicidio común; y si la gente por cualquier circunstancia o de alguna manera se beneficia de ello, es el más perdonable de los homicidios, y sobre el cual no deberíamos hacer una averiguación exhaustiva.

Si el Rey y la Reina de Francia y sus niños, a causa de la guerra cayeran en nuestras manos, en la más acerba de todas las hostilidades (¡líbreme Dios de tal suceso y de tal hostilidad!) serían tratados triunfalmente en su entrada a Londres. En otra oportunidad tuvimos un Rey de Francia en esa situación; usted ha leído en qué forma fue tratado como vencedor en el campo de batalla y de qué manera fue recibido en Inglaterra posteriormente. Cuatrocientos años han pasado, pero creo que no hemos cambiado sustancialmente desde entonces. Gracias a nuestra taimada resistencia a la innovación, gracias a la fría indolencia de nuestra idiosincrasia, aún llevamos impreso el sello de nuestros antepasados. No hemos perdido (como yo veo las cosas) la generosidad y dignidad del pensamiento del siglo XIV, y todavía no somos lo suficientemente sutiles como para pasar por salvajes. No somos los conversos de Rousseau; no somos los discípulos de Voltaire; Helvetius no ha progresado entre nosotros. Los ateos no son nuestros predicadores; los locos no son nuestros legisladores. Sabemos que no hemos hecho descubrimientos y creemos que no hay más por hacer, ni en moral, ni muchos en los grandes principios de gobierno, ni en las ideas de libertad, que fueron entendidas mucho antes que naciéramos, del mismo modo como ellas permanecerán después que la tumba haya levantado su túmulo sobre nuestra presunción y la callada sepultura haya impuesto su ley a nuestra atrevida locuacidad. En Inglaterra no nos hemos desentrañado completamente de nuestra naturaleza más íntima; todavía nos conmueve, añoramos y cultivamos sentimientos innatos que son los guardianes fieles, los activos instructores de nuestro deber y los verdaderos pilares de toda moral liberal y viril. No hemos sido destripados ni ensartados para que se nos rellene, como pájaros embalsamados en un museo, con paja, trapos y las despreciables tiras borronientas de papel de los Derechos Humanos. Conservamos la totalidad de nuestros sentimientos originarios e intactos todavía, no sofisticados por la pedantería ni por la infidelidad; tenemos corazones de carne y sangre latiendo en nuestros pechos. Tememos a Dios; miramos con reverencia a nuestros reyes, con afecto a los parlamentos, con homenaje a nuestros magistrados, con devoción a los sacerdotes y con respeto a la nobleza. ¿Por qué? Porque cuando tales ideas son traídas ante nuestra mente, es natural estar afectados de ese modo; porque todos los otros sentimientos son falsos y espurios y tienden a corromper nuestras mentes, a viciar nuestra libertad primigenia, a volvernos ineptos para la libertad racional, y enseñándonos una insolencia servil, licenciosa y disoluta, tienden a ser nuestro más vil pasatiempo por unas cortas vacaciones y nos prepara perfectamente para lo único de que seríamos merecedores, la esclavitud a lo largo de toda nuestra existencia.

Usted ve, Señor, que soy lo suficientemente ósado como para confesarle en

esta ilustrada época, que somos generalmente hombres de sentimientos toscos, que en vez de desechar todos nuestros prejuicios los cultivamos en un grado muy considerable, y para mayor vergüenza nuestra los cultivamos porque lo son; y mientras más tiempo han perdurado y más generalmente han prevalecido, más los apreciamos. Tememos dejar a los hombres vivir y comerciar con su propia y particular reserva de razón, porque sospechamos que esta reserva es limitada en cada hombre y que los individuos harían mejor si dispusieran de la del banco general y del capital de las naciones y de los tiempos. Muchos de nuestros pensadores, en vez de demostrar la falsedad de los prejuicios generales, emplean su sagacidad para descubrir la sabiduría latente que prevalece en ellos. Si encuentran lo que buscan, y rara vez fracasan, piensan que es más sabio continuar con el prejuicio, incluyendo la razón implícita en ellos, que arrojar el manto de los prejuicios y dejar nada más que la razón desnuda; porque el prejuicio, con su razón, tiene un motivo para mover a esta razón y un afecto que le dará permanencia. El prejuicio es de pronta aplicación en caso de emergencia; previamente compromete a la mente a seguir el rumbo firme de la sabiduría y la virtud y no deja al hombre vacilante, escéptico, confuso e irresoluto en el momento de la decisión. El prejuicio hace de la virtud humana un hábito y no una serie de actos inconexos. Gracias al prejuicio justo el deber se convierte en parte de la naturaleza del hombre.

Vuestros políticos y literatos, y otro tanto ocurre con toda la casta de ilustrados que hay entre nosotros, difieren esencialmente en estos puntos. No respetan la sabiduría de otros, pero restituyen plenamente la confianza en la de ellos. Para ellos es un motivo suficiente para destruir un viejo esquema de cosas el solo hecho de que sea viejo. Así como para el nuevo, no los asalta ningún temor respecto a la estabilidad de una estructura surgida de improviso, porque la estabilidad no es problema para aquellos que piensan que poco o nada se ha hecho antes que ellos, y ponen todas sus esperanzas en el descubrimiento. Conciben muy sistemáticamente que todas las cosas que dan perpetuidad son perjudiciales y, por lo tanto, están en guerra inexpiable contra todo lo establecido. Creen que el gobierno puede variar como la moda de los trajes, y con tan pocas consecuencias; que no se necesita principio alguno de adhesión, exceptuando una especie de conveniencia actual para cualquier constitución del estado. Siempre hablan como si estimaran que hay un tipo muy particular de contrato entre ellos y sus magistrados, que obliga al magistrado pero de ningún modo es recíproco, y que la soberanía del pueblo tiene el derecho a disolverlo sin ninguna otra razón que su voluntad. La adhesión al país mismo existe sólo en la medida en que concuerde con alguno

de sus transitorios proyectos; comienza y termina con ese esquema de constitución política que sucumbe con su fugaz opinión.

Estas doctrinas, o más bien sentimientos, parecen muy difundidos entre vuestros estadistas. Pero son completamente diferentes de aquellas de acuerdo a las cuales siempre hemos obrado en este país.

He oído que en alguna oportunidad se ha divulgado en Francia que lo que se está haciendo entre vosotros, es seguir el ejemplo de Inglaterra. Os suplico me permitáis afirmar que muy poco de lo que vosotros hacéis tiene su origen en la práctica o en las opiniones dominantes de esta gente, ya sea en el actuar o en el espíritu de su proceder. Permitidme agregar que estamos tan poco deseosos de aprender estas lecciones de Francia como seguros de que jamás fuimos sus maestros. Las cábalas, que tienen una cierta participación todavía en vuestras transacciones, hasta el momento no constan más que de un puñado de personas. Si por desgracia, por sus intrigas, sermones, publicaciones y por una confianza derivada de una alianza esperada con los consejos y ejércitos de Francia, ellos arrastraren un número considerable a su facción, y en consecuencia intentaren seriamente aquí cualquier cosa, teniendo como modelo lo que vosotros habéis hecho, me arriesgo a profetizar que sólo lograrán, con algún contratiempo para su país, llevar a efecto rápidamente su propia destrucción. Este pueblo, en tiempos remotos, rehusó cambiar su ley por respeto a la infalibilidad de los papas, y no la va a alterar ahora por una piadosa fe implícita en el dogmatismo de los filósofos, aunque el primero estaba armado con el anatema y la cruzada, y los últimos con el libelo y la linterna.

Ciertamente la sociedad es un contrato. Los contratos subordinados referidos a objetos de interés meramente ocasional pueden ser disueltos a voluntad, pero el estado no debería ser considerado como algo semejante a un acuerdo comercial en un negocio de pimienta y café, calicó o tabaco, o algún otro asunto de poca monta, para que se le preste un interés insignificante y temporal, y para ser disuelto por el capricho de las partes. Hay que considerarlo con otra reverencia porque no es una sociedad de cosas útiles a la pura existencia animal de una naturaleza animal y perecedera. Es una sociedad que concierne a toda ciencia, uná sociedad que concierne a todo arte, una sociedad respecto de cada virtud y de toda perfección. Como el término de esta sociedad no puede alcanzarse en varias generaciones, deviene una sociedad no solamente de aquellos que están vivos; sino de aquellos que están vivos, de aquellos que están muertos y de aquellos que están por nacer. Cada contrato de cada estado particular no es sino una cláusula en el gran contrato original de una so-

ciudad eterna, reuniendo a las naturalezas más bajas con las más altas, conectando el mundo visible y el invisible conforme a un sólido contrato sancionado por el juramento inviolable que conserva todas las especies físicas y morales, cada una en un determinado lugar. Esta ley no está sujeta a la voluntad de aquéllos que por una coerción infinitamente superior, se ven forzados a someter su voluntad a esa ley. Las corporaciones municipales de aquel reino universal no están moralmente libres a su arbitrio, y en sus especulaciones de un progreso contingente, para separar y cortar los lazos de su comunidad dependiente y disolverla en un caos antisocial, incivil e inconexo de principios elementales. Solamente es la primera y suprema necesidad, necesidad que no es escogida pero que escoge, necesidad superior a la deliberación, que no admite discusión y no exige evidencia, lo único que por sí solo justifica un recurso a la anarquía. Esta necesidad no es una excepción a la regla porque esta necesidad misma es una parte también de esa disposición moral y física de las cosas a las cuales debe obedecer el hombre por el consentimiento o la fuerza; pero si aquello que está rendido a la necesidad fuese objeto de elección, la ley es violada, la naturaleza desobedecida y los que se rebelan son puestos fuera de la ley, denunciados y exiliados de este mundo de la razón, de orden y de paz, de virtud y de penitencia fecunda, para sumergirse en el mundo antagónico de la locura, la discordia, el vicio, la confusión y el pesar infinito.

Traducción: Victoria Undurraga

LA CRISTIANDAD O EUROPA*

Fueron tiempos bellos y brillantes, los tiempos en que Europa era una tierra cristiana, en que una única cristiandad habitaba este continente configurado por el hombre; un gran interés común unía las más lejanas provincias de este vasto imperio espiritual. Desprovisto de grandes posesiones temporales, un jefe supremo dirigía y unificaba las grandes fuerzas políticas. Una numerosa corporación, a la que todos tenían acceso, estaba directamente subordinada a ese jefe, obedecía a la menor seña suya, y ponía todo su celo en afianzar su potencia bienhechora. Cada miembro de esta sociedad era venerado por doquier, y si las gentes sencillas buscaban en él consuelo o ayuda, protección o consejo, ocupándose en cambio de satisfacer con gusto y abundantemente sus múltiples necesidades, entonces hallaban en los más poderosos protección, consideración y audiencia, y todos cuidaban de estos hombres elegidos, dotados de fuerzas maravillosas, como de hijos del cielo, cuya presencia y favor difundía múltiples bendiciones. Una confianza infantil ligaba a los hombres a sus proclamaciones. Cuán serenamente podía cumplir cada uno su tarea cotidiana terrenal, puesto que un futuro cierto le estaba preparado por estos hombres santos, y toda falta era perdonada por ellos, toda mancha de la vida, borrada y lavada. Eran los experimentados pilotos en el gran mar desconocido, bajo cuya custodia se podían despreciar todas las tempestades y contar confiadamente con un seguro desembarco en las playas de la patria verdadera.

Las tendencias más salvajes y voraces debían ceder al respeto profundo y a la obediencia que se rendía a sus palabras. De ellos emanaba paz. No predicaban otra cosa que el amor a la santa y bellísima Señora de la cristiandad que, provista de divinas fuerzas, estaba presta a salvar a cada creyente de los más terribles peligros. Hablaban de hombres celestiales muertos desde hace mucho tiempo, que soportaron las tentaciones del mundo terrenal por apego y fidelidad a esa Madre bienaventurada y su Hijo celeste y amable, alcanzando los honores divinos y convirtiéndose entonces en potencias tutelares y bienhechoras para sus hermanos vivientes, suaves auxiliares en la necesidad, abogados de las debilidades del hombre y eficaces amigos de la humanidad ante el trono celestial. Con qué serenidad se abandonaban las bellas reuniones en las iglesias llenas de misterio, que estaban ornadas con imágenes

*El escrito *Die Christenheit oder Europa (Ein Fragment)* ha sido extraído de la edición de las obras completas de Novalis hecha por Wasmuth: *Werke*, (Heidelberg: Verlag Lambert Schneider, 1953, Vol. 1), pp. 279-303.

edificantes, y plenas de dulces perfumes y animadas por una música sagrada y sublime. En ellas se guardaba, con agradecimiento, los restos consagrados de hombres devotos de otras épocas, en receptáculos preciosos. Y en aquéllos se manifestaba, a través de espléndidos prodigios y signos, la bondad y la omnipotencia divinas, la poderosa beneficencia de esos beatos. Pues así conservan las almas amantes los rizos o los autógrafos de sus amados difuntos, y con ellos alimentan el dulce fuego, hasta que otra vez los reúne la muerte. Lo que había pertenecido a esas almas amadas era recogido con esmero entrañable, y cada cual se estimaba dichoso de poseer, o simplemente tocar, una reliquia tan consoladora. A tiempos, parecía haberse posado la gracia divina en una rara imagen o en una tumba. Hacia ella confluían los hombres, desde todas las regiones, llevando bellas ofrendas y trayendo, a su turno, presentes celestiales: la paz del alma y la salud del cuerpo. Celosamente insistía esta corporación poderosa y pacificadora en hacer a todos los hombres partícipes de la bella fe, y enviaba a sus emisarios hacia todas las partes del mundo, para anunciar por doquier el evangelio de la vida y hacer del Reino de los Cielos el único reino de este mundo. Con razón se oponía el sabio jefe de la Iglesia a la desvergonzada formación de instituciones humanas a costa del sentido de lo sagrado, y a los descubrimientos inoportunos y peligrosos en el dominio del saber. Así, pues, impedía que los pensadores audaces afirmaran públicamente que la tierra es un insignificante satélite, pues bien sabía que los hombres pierden también, con el respeto por su morada y por su patria terrena, el respeto por la patria celeste y por su propia especie, y que prefieren el saber limitado a la fe infinita y que habrían de acostumbrarse a despreciar todo lo grande y digno de admiración, considerándolo como el efecto sin vida de una ley. En su corte se reunían todos los hombres sabios y venerables de Europa. Todos los tesoros afluían a ella, la Jerusalem destruida habíase vengado, y Roma misma se había convertido en Jerusalem, la santa residencia del gobierno divino sobre la tierra. Los príncipes sometían sus diferencias al padre de la cristiandad, poniendo las coronas y el esplendor dócilmente a sus pies, y estimaban que para ellos era una gloria concluir su vida, como miembros de esta alta corporación, en meditación piadosa entre los muros solitarios de un claustro. Cuán benéfico era este gobierno, y adecuado a la naturaleza íntima de los hombres, lo mostraba la poderosa elevación de todas las otras fuerzas humanas, el desarrollo armónico de todas las facultades, la inmensa altura que alcanzaron algunos hombres en todos los dominios de la ciencia, de la vida y de las artes, y el comercio, en todas partes floreciente, de bienes espirituales y terrenales en el ámbito de Europa y hasta la remota India.

Tales eran los bellos rasgos esenciales de los tiempos verdaderamente ca-

tólicos o cristianos. Más aún no estaba madura la humanidad ni suficientemente formada para este reino de esplendor. Fue un primer amor que se adormeció bajo la presión de los negocios, cuyo recuerdo fue borrado por los cuidados egoístas, y cuyo lazo, vituperado más tarde como un engaño y una ilusión, y juzgado según ulteriores experiencias, fue roto para siempre por una gran parte de los europeos. Esta gran escisión interna, a la cual acompañaron guerras destructivas, fue un signo apreciable de la nocividad de la cultura para el sentido de lo invisible, al menos de la nocividad temporaria de un cierto grado de cultura. Ese sentido inmortal no puede ser destruido, pero sí enturbiado, paralizado, suplantado por otros sentidos. Una larga vida en común entre los hombres disminuye los afectos, la fe en su propia especie, y los acostumbra a dirigir sus anhelos y pensamientos a los medios que sirven al bienestar; las necesidades y las artes que las satisfacen se hacen más complicadas, el hombre ávido requiere tanto tiempo para conocerlas y para habilitarse en ellas, que no le queda instante para el recogimiento silencioso del espíritu, para la contemplación atenta del mundo interior. En casos de conflicto le parece más urgente el interés del minuto, y se marchita así la hermosa flor de su juventud, el amor y la fe, para dar paso a los frutos más rudos, saber y poseer. Cuando declina el otoño se piensa en la primavera como un sueño pueril y se espera, con la sencillez de un niño, que los graneros colmados durarán para siempre. Una cierta soledad parece ser necesaria para el crecimiento de los sentidos más altos, y por eso un comercio más amplio de los hombres entre sí forzosamente ahoga algún sagrado germen y ahuyenta a los dioses, que huyen del tumulto enorme de sociedades disipadas y los debates en torno a mezquinos asuntos. Por lo demás, nos enfrentamos a épocas y períodos: ¿y no es esencial a éstas la oscilación, la alternancia de movimientos opuestos? ¿No les es peculiar una duración limitada, y su naturaleza no es el crecimiento y el ocaso? Mas también, ¿no se ha de esperar de ellas, con certeza una resurrección, un rejuvenecimiento bajo una nueva forma más eficaz? Evoluciones progresivas y que se acrecientan cada vez más son la materia de la historia. Aquello que ahora no alcanza la perfección, lo hará en el ensayo próximo o en algún otro; nada que la historia coja es precedero, todo vuelve renovado, a través de innumerables transformaciones, en formas más y más ricas. Una vez, es verdad, había aparecido el cristianismo en todo su poder y esplendor; sus vestigios y su letra subsistieron, bajo una impotencia creciente y siempre más escarnecidos, hasta que hubo advenido en el mundo una nueva inspiración. Una inercia infinita pesaba sobre la corporación del clero, que había obtenido la seguridad. Ella se había inmovilizado en el sentimiento de su respetabilidad y su molicie, en tanto que los laicos les hurtaban furtivamente la experiencia y la erudición y daban grandes zancadas

en el camino de la cultura. Olvidados de su función propia, de ser entre los hombres los primeros en espíritu, en sabiduría y en cultura, se habían apoderado de ellos los apetitos inferiores, y la vulgaridad y la bajeza de su modo de pensar se hizo más repugnante por su vestimenta y vocación. Así desaparecieron paulatinamente el respeto y la confianza, pilares de éste y de todo imperio, y con ello fue aniquilada esa corporación, y el dominio auténtico de Roma había cesado discretamente mucho antes de la insurrección violenta. Sólo medidas astutas, y por lo tanto únicamente temporarias, mantenían íntegro el cadáver de su constitución y lo preservaban de una descomposición más rápida; notablemente pertenecía a ellas, por ejemplo, la abolición del matrimonio para los sacerdotes. Una medida que, aplicada análogamente al estamento de los soldados, podía prestarle una formidable consistencia y prolongar su vida por mucho tiempo. Nada más natural que, finalmente, una cabeza inflamada predicara la abierta rebelión contra la letra despótica de la constitución antigua, y con tan grande éxito, pues él mismo era miembro de la corporación.

Con razón los insurgentes se denominaron a sí mismos protestantes, puesto que protestaban solemnemente contra toda atribución que se diera ese poder incómodo y que parecía ilegítimo, sobre la conciencia. Provisoriamente reivindicaron para sí mismos el derecho a investigar, a definir y a escoger en asuntos de religión, al que había renunciado tácitamente ese poder y que había quedado vacante. También erigieron una multitud de principios justos, introdujeron un gran número de cosas loables y suprimieron una cantidad de instituciones nefastas; pero olvidaron el necesario resultado de su proceso: separaron lo inseparable, dividieron la Iglesia indivisible y criminalmente desertaron de la comunidad universal de los cristianos, sólo por la cual y en la cual era posible una resurrección verdadera y durable. El estado de anarquía religiosa sólo puede ser transitorio, pues la razón necesaria para que un número de hombres se consagre únicamente a esta alta vocación y para hacer a estos hombres independientes del poder terrenal en consideración a estos asuntos, sigue siendo duraderamente efectiva y válida. La institución de los consistorios y la mantención de una especie de clero no subvino esta necesidad y no fue un sucedáneo suficiente. Lamentablemente, los príncipes se habían mezclado en esta escisión, y muchos aprovecharon las disputas para la consolidación y el aumento de su poder territorial y de sus ingresos. Se alegraban de escapar a esa alta influencia, y tomaron bajo su protección y dirección soberanas a los nuevos consistorios. Se preocuparon afanosamente de impedir la unificación total de las iglesias protestantes, y así la religión fue encerrada, irreligiosamente, dentro de los límites de los estados, estableciendo así la base para el progresivo socavamiento del

interés religioso cosmopolita. De este modo, la religión perdió su gran influencia política pacificadora, su función propia de ser el principio de unificación y de individualización, en breve, su papel de cristiandad. La paz religiosa fue pactada sobre bases enteramente erróneas y contrarias a toda religión y, a través de la persecución del así llamado protestantismo, se declaró la persistencia de algo que es absolutamente contradictorio, un gobierno revolucionario.

Sin embargo, el protestantismo está lejos de residir sobre ese puro principio; Lutero trató el cristianismo de un modo completamente arbitrario, tergiversó su espíritu e introdujo una letra distinta y una religión diferente, a saber, la santa validez universal de la Biblia; y, desgraciadamente, se mezcló así en los asuntos religiosos otra ciencia profana, máximamente extraña a aquéllos, la filología, cuya influencia disolvente se hace inconfundible desde entonces. Lutero mismo, en un presentimiento oscuro de este error, fue elevado por una gran parte de los protestantes al rango de evangelista y su traducción fue canonizada.

Esta elección fue extremadamente perniciosa para el sentido religioso, pues nada destruye tanto su sensibilidad como la letra. Esta no podría haber sido nunca tan dañina en el estado antiguo, con la gran extensión, la flexibilidad y la rica materia de la fe católica, y así también con la esoterización de la Biblia y el sagrado poder de los concilios y del jefe espiritual; pero ahora estos antidotos habían sido aniquilados, afirmándose la popularidad de la Biblia, y el contenido indigente, el esbozo abstracto y rudimentario de la religión en estos libros se acusaba más intensamente y entorpecía sin término la libre viviscencia, la penetración y la revelación del Espíritu Santo.

Por eso, la historia del protestantismo no nos enseña ninguna manifestación grande y magnífica de lo sobrenatural, y sólo su inicio brilla con una pasajera llama celestial, aunque ya pronto se evidencia el desecamiento del sentido sagrado; lo temporal ha podido imponerse y sufre por simpatía el sentido artístico; y sólo raramente, aquí o allá, surge una chispa de vida pura y eterna, y una comunidad pequeña se congrega en torno a ella. Ella se extingue, y la comunidad vuelve a disolverse y se va nadando en la corriente. Así Zinzendorf, Jakob Boheme y tantos otros. Los moderantistas prevalecen y se acerca el tiempo de una total atonía de los órganos superiores, un período de incredulidad práctica. Con la Reforma, el destino estaba sellado para la cristiandad. Desde entonces, ésta ya no existe. En aislamiento sectario, los católicos y los protestantes o reformados estaban más alejados unos de otros que respecto a los musulmanes y a los paganos. Los Estados católicos sobrevivientes continuaron vegetando, no sin sufrir, imperceptiblemente, la influencia dañina de los Estados protestantes vecinos. Recién en este punto

del tiempo surgió la política moderna y algunos Estados poderosos trataron de apoderarse de la sede universal vacante, transformada ahora en un trono.

A la mayoría de los príncipes les pareció una humillación tener que inclinarse ante un eclesiástico desprovisto de poder. Experimentaron por primera vez la importancia de su fuerza material sobre la tierra, vieron que las potencias celestiales no podían impedir las afrentas hechas a sus representantes y se empeñaron, poco a poco, sin despertar la atención de los súbditos todavía devotos al Papa, en sacudirse el molesto yugo romano y hacerse independientes sobre la tierra. Su conciencia inquieta era tranquilizada por confesores astutos, que nada perdían con que sus hijos espirituales se arrogaran el derecho a disponer de los bienes eclesiásticos.

Afortunadamente para el antiguo estado de cosas surgió una orden novedosamente constituida, sobre la cual el espíritu muriente de la jerarquía parecía haber vertido sus últimos dones, y que armó de una nueva fuerza a lo antiguo, y se dedicó con maravillosa penetración y perseverancia, más agudamente que nunca, al imperio papal y a su poderosa regeneración. Nunca antes se había visto una sociedad semejante en la historia del mundo. Ni el mismo antiguo senado romano había proyectado con mayor seguridad en el éxito sus planes para la conquista del mundo. Todavía no se había pensado más inteligentemente en la realización de una idea que fuese más grande que ésa. Por siempre será esta sociedad un modelo para todas las sociedades que sientan un anhelo orgánico de expansión infinita y de eterna duración, pero será también, eternamente, la prueba de que sólo el descuido del tiempo frustra las más astutas empresas, y que el crecimiento natural de la especie entera reprime irresistiblemente el crecimiento artificial de una sola de sus partes. Todo lo que existe por sí solo tiene una capacidad propia determinada: sólo la capacidad de la especie es inconmensurable. Los planes que no se atienen cabalmente a todas las aptitudes de la especie deben fracasar. Aún más notable es esta sociedad por ser la madre de las sociedades así llamadas secretas, un germen histórico aún inmaduro, pero ciertamente importante. El nuevo luteranismo, si no el protestantismo, no podía tener, de seguro, un rival más peligroso. Todos los encantos de la fe católica hicieronse bajo su mano más vigorosos, los tesoros de la ciencia afluyeron a sus células. Lo que se había perdido en Europa, ellos intentaron, de múltiples maneras, reconquistarlo en los otros continentes, en el Occidente lejano y en el Oriente, y reivindicaron para sí la dignidad y la vocación apostólicas, devolviéndoles su vigencia. No se rezagaron en los esfuerzos por ganar en popularidad y sabían muy bien cuánto tenía Lutero que agradecer a sus artes demagógicas, a su estudio del pueblo común. Por todas partes establecieron escuelas, irrumpieron en

los confesionarios, subieron a las cátedras e hicieron trabajar a las prensas, convirtiéndose en poetas y políticos, ministros y mártires, y mantuvieron, en su expansión enorme desde América hasta China a través de Europa, la más maravillosa correspondencia entre los hechos y la doctrina. Con sabia selección reclutaron su orden en sus escuelas. Predicaron contra los luteranos con un celo destructor y se afanaron en hacer del exterminio crudelísimo de estos herejes, como secuaces auténticos del demonio, el deber más urgente de la cristiandad católica. Sólo a ellos debieron agradecer los Estados católicos, y especialmente, la sede papal su larga sobrevivencia a la Reforma, y quién sabe por cuánto tiempo habría conservado el mundo su aspecto antiguo, si la debilidad de los superiores, los celos de los príncipes y de otras órdenes religiosas, las intrigas de la corte y otras circunstancias específicas no hubiesen interrumpido su curso audaz, y poco menos que destruido, con ellos, este último reducto de la constitución católica. Esa terrible orden dormita ahora, bajo formas miserables, en las fronteras de Europa; tal vez, como el pueblo que la protege, se vuelva a difundir desde ahí, bajo otro nombre y con una fuerza nueva, sobre su antigua patria.

La Reforma había sido un signo de los tiempos. Concernió a toda Europa, aunque estalló abiertamente sólo en la Alemania verdaderamente libre. Las buenas cabezas de todas las naciones se habían emancipado secretamente y, en el sentimiento engañoso de su destino, se rebelaban con mayor atrevimiento contra una coerción caduca. Por instinto, el erudito es enemigo del clero en su vieja figura; el estamento intelectual y el estamento eclesiástico tienen que librar con necesidad guerras demoleedoras cuando están separados: pues se disputan una y la misma posición. Esta separación se agudizó cada vez más, y sabios ganaron tanto más terreno cuanto más se aproximaba la historia de la humanidad europea a la era de la ciencia triunfante y cuanto más decididamente se oponían el saber y la fe. Se buscaba en la fe la razón de la parálisis general, y se creía poder superarla a través del pleno saber. Por todas partes, el sentido religioso sufrió las múltiples persecuciones de la forma que había revestido hasta entonces, y de la personalidad con que ahora se presentaba. Se denominó filosofía al resultado de la moderna manera de pensar, y se echaba a su cuenta todo lo que fuese contrario a lo antiguo, y por eso, preferentemente, todo ataque a la religión. El odio personal, dirigido al comienzo contra la fe católica, se transformó poco a poco en odio a la Biblia, a la fe cristiana y por ende, aún, a la religión. Todavía más: el odio a la religión se propagó muy natural y consecuentemente a todo objeto del entusiasmo, y declaró heréticos a la fantasía y al sentimiento, a la moralidad y al amor al arte, al futuro y al pasado; con necesidad colocó a los hombres en la cima de la escala de los seres naturales e hizo de la música infinita y crea-

dora del universo el martilleo monótono de un inmenso molino, impulsado y llevado por el torrente del acaso, un molino en sí, sin arquitecto ni molinero, y, en verdad, un genuino *perpetuum mobile*, un molino que se muele a sí mismo.

Sólo un entusiasmo le fue dejado generosamente a la pobre raza humana, y se hizo indispensable para cada uno de sus accionarios, como piedra de toque de la más alta cultura: el entusiasmo por esta magnífica, grandiosa filosofía y, en especial, por sus sacerdotes y mistagogos. Francia tuvo la dicha de ser el seno y la sede de esta nueva fe, compuesta a parches de saber. Por vituperada que fuese la poesía en esta nueva iglesia, había dentro de ella algunos poetas que se servían aún de los viejos adornos y las viejas luces, con el fin de obtener el efecto que buscaban producir, pero cayeron con ello en el riesgo de consumir este nuevo sistema del universo con el fuego antiguo. Pero miembros más astutos sabían arrojar inmediatamente un baño de agua fría a los auditores ya inflamados. Los miembros estaban ocupados sin descanso en limpiar de fantasía la naturaleza, el suelo, las almas humanas y las ciencias, extirpar toda huella de lo sagrado, deshonar con sarcasmos el recuerdo de todos los acontecimientos y los hombres ejemplares, y desnudar al mundo de todo ornamento colorido. La luz habíase hecho su favorita, a causa de su obediencia matemática y su desvergüenza. Se alegraban de que ella se dejase quebrar antes que jugar con colores y así llamaron, según ella, Ilustración a su gran empresa. En Alemania se fomentó más a fondo este esfuerzo, se reformó el sistema educacional, se buscó dar a la antigua religión un sentido nuevo, racional, común, al borrar de ella, exhaustivamente, todo lo maravilloso y pleno de misterio; todos los eruditos fueron reclutados para cortar la retirada hacia el dominio de la historia, empeñándose en darle nobleza al convertirla en una pintura familiar de costumbres, doméstica y burguesa. Dios se transformó en un espectador ocioso de la representación grande y conmovedora que ponían los sabios en escena y, al fin, debía obsequiar y admirar solemnemente a los poetas y a los actores. Se ilustró sobre todo, preferentemente, al pueblo común, y se le enseñó ese cultivado entusiasmo, surgiendo así una nueva corporación europea: los filántropos o ilustradores. Desgraciadamente, la naturaleza siguió siendo maravillosa e inconcebible, poética e infinita, a pesar de todo ahínco que se puso en modernizarla. Apenas osaba asomarse, en algún lugar, una vieja creencia supersticiosa en un mundo del más allá u otra semejante, de todos lados se tocaba la alarma, y la chispa peligrosa era sofocada, en lo posible, mediante la filosofía y el ingenio, en las cenizas; y, sin embargo, la tolerancia era la consigna de los sabios y, especialmente en Francia, el sinónimo de filosofía. Esta historia de la incredulidad moderna es extremadamente notable; y es la

clave para todos los prodigiosos fenómenos de la nueva época. Ella empieza sólo en este siglo y, sobre todo, en su última mitad, y crece en poco tiempo hasta alcanzar una magnitud y una multiplicidad inabarcables; era inevitable una segunda Reforma, más amplia y más peculiar, y debía afectar primeramente al país más modernizado y al que sufría la falta de libertad por mayor tiempo en un estado de astenia. Desde hace mucho se habría liberado la llama supraterrrestre y habría frustrado los astutos planes de la Ilustración, si la opresión y la influencia temporales no hubiesen servido a esos mismos propósitos. Pero en el momento en que surgió una división entre los sabios y los gobiernos, entre los enemigos de la religión y todos los sectarios de ésta, tuvo ella que aparecer otra vez, como el tercero en discordia, determinante y mediador, y todos sus amigos deben hoy reconocer y proclamar esta reaparición, en el caso de que ella no fuera suficientemente notoria. Para ningún espíritu histórico puede ser dudoso que ha llegado el tiempo de la resurrección y que precisamente los acontecimientos que parecían dirigidos contra ella y que amenazaban consumir su hundimiento, se han transformado en los signos más favorables de su regeneración. La verdadera anarquía es elemento natal de la religión. De la aniquilación de todo lo positivo alza ella su cabeza gloriosa como una nueva fundadora del universo. Cuando ya nada lo ata, el hombre se eleva naturalmente hacia el cielo, los órganos superiores emergen por sí mismos, antes que nada, desde la mezcla general y uniforme y desde la disolución completa de todas las facultades y fuerzas humanas, como el núcleo original de la reconstrucción de la tierra. El espíritu de Dios flota sobre las aguas, y una isla celestial se hace visible por encima de las olas que retroceden, como una morada de los nuevos hombres, como la cuenca elemental de la vida eterna.

Considere el genuino observador con calma y desprejuiciadamente los nuevos tiempos revolucionarios. ¿No se le aparece el revolucionario político como Sísifo? Apenas alcanzado el punto de equilibrio, ya rueda nuevamente la poderosa carga por la otra ladera. Jamás permanecerá arriba, si no la mantiene oscilando en la altura una atracción celeste. Todos vuestros apoyos son demasiado débiles si vuestro Estado conserva la tendencia hacia la tierra, pero ligadlo a las alturas del cielo mediante un anhelo supremo, ponédlo en relación con el universo, y tendréis en él un resorte infatigable y vuestros esfuerzos serán premiados con largueza. Os remito a la historia, buscad en su instructivo conjunto momentos similares, y aprended a usar la vara mágica de la analogía.

La Revolución ¿ha de permanecer siendo francesa, así como la Reforma sólo fue luterana? ¿Se fijará el protestantismo otra vez, y de modo antinatural, en un gobierno revolucionario? ¿La letra hará lugar a la letra? ¿Buscáis el ger-

men de la descomposición también en el viejo orden, en el espíritu antiguo? ¡Y os creéis capaces de inventar un orden mejor, un mejor espíritu! ¡Oh, si os colmara el espíritu de los espíritus, si renunciárais a estas tentativas insensatas de modelar la historia y la humanidad y darles vuestra dirección! ¿Acaso no es ella independiente, por sí misma poderosa, casi infinitamente digna de amor y profética? Estudiarla, seguirla, aprender de ella, mantener su paso, seguir con fe sus promesas y sus señas: en esto nadie piensa.

Mucho se hizo en Francia en favor de la religión al quitarle el derecho civil y dejarle solamente el derecho de domicilio, y no en una sola persona, sino en todas sus incontables formas individuales. Como un arrullo inaparente y extraño ha de reconquistar, ante todo, los corazones y será nuevamente amada por todos, antes de ser adorada públicamente otra vez y llamada a intervenir en los asuntos seculares para dar su amistoso consejo y ejercer su influencia sobre los espíritus. Será notable para la historia el intento de esa gran máscara de hierro que, bajo el nombre de Robespierre, buscó en la religión el centro y la fuerza de la república; y también la frialdad con que fue recibida la teofilantropía, este misticismo de la moderna Ilustración; y asimismo las nuevas conquistas de los jesuitas; y la aproximación al oriente, a través de las nuevas circunstancias políticas.

De los otros países europeos, a excepción de Alemania, sólo se puede profetizar que con la paz empezará a pulsar en ellos una nueva vida religiosa más alta y que devorará todo otro interés temporal. En Alemania, por el contrario, se puede ya señalar con plena certeza las huellas de un mundo nuevo. En una marcha lenta pero segura, Alemania aventaja a todos los demás países europeos. Mientras están ocupados en guerras, especulaciones y en el espíritu de partido, el alemán se va convirtiendo con toda diligencia en el miembro de una más alta época de la cultura y este progreso debe darle con el transcurrir del tiempo una gran preponderancia sobre los otros.

En las ciencias y en las artes se advierte una poderosa efervescencia. Se desarrolla infinitamente el espíritu. Nuevas y frescas fuentes de recursos son exploradas. Jamás estuvieron las ciencias en mejores manos o, al menos, despertaron mayores esperanzas; los aspectos más diversos de las cosas son examinadas, nada se deja sin estudio, sin juicio, sin inquisición. Todo es objeto de elaboración; los escritores ganan en originalidad y potencia, cada antiguo monumento de la historia, cada arte, cada ciencia encuentra amigos, y es abrazada y fecundada con un nuevo amor. Se halla por doquier, y a menudo aparejadas con audacia, una variedad sin par, una maravillosa profundidad, un barniz resplandeciente, conocimientos vastísimos y una fantasía rica y poderosa. Por todas partes parece despertar, un inmenso presentimiento de la libertad creadora, de la ausencia de límites, de la infinita multiplici-

dad, de la originalidad sagrada y de la universal capacidad de la interioridad humana. Despertada del sueño matinal de la infancia desvalida, una parte de la humanidad ensaya sus primeras fuerzas contra las serpientes que estrechan su cuna y quieren quitarle el uso de sus miembros. Son todavía indicaciones incoherentes y rudimentarias, pero revelan al ojo histórico una individualidad universal, una nueva historia, una humanidad nueva, el abrazo dulcísimo de una joven iglesia sorprendida y de un dios amante. Y una recepción íntima de un nuevo mesías en los mil miembros de esa iglesia a la vez. ¿Quién no siente, con dulce vergüenza, haber sido fecundado? El recién nacido será la imagen de su padre, una nueva edad de oro con ojos oscuros e infinitos, una época profética, hacedora de milagros, que sana las heridas y consuela, y enciende la vida eterna. Una gran era de reconciliación, un salvador que como genio verdadero habitará entre los hombres, en el cual solamente se creará, sin verlo, pero que será visible a los creyentes bajo formas innumerables, degustado como pan y vino, abrazado como un amante, respirado como el aire, percibido en la palabra y en el canto y recibido con una voluptuosidad celestial como la muerte entre los dolores supremos del amor en la intimidad del cuerpo en agonía.

Ahora estamos lo suficientemente alto como para dedicar una sonrisa amigable a esa época pretérita que mencionamos más arriba, y para reconocer también en aquellas extravagancias las cristalizaciones singulares de la materia histórica. Con gratitud estrecharemos las manos de esos sabios y filósofos; pues esta ilusión tenía que disiparse para el bien de las generaciones futuras, y la visión científica de las cosas debía ganar su vigencia. Frente a las frías y muertas Spitzbergen de esa inteligencia de gabinete, la poesía aparece más encantadora y colorida, adornada como una India riquísima. Para que ésta pueda ser, en el centro del globo, tan cálida y resplandeciente, es preciso que un mar frío y rígido, rocas muertas, niebla en lugar del cielo estrellado, y una larga noche hagan a ambos polos inhóspitos. La profunda significación de la mecánica pesaba sobre estos anacoretas en los desiertos del entendimiento; el encanto de la primera intuición los venció, y lo antiguo se vengó de ellos; con admirable reniego, sacrificaron lo más sagrado y más bello del mundo a la primera conciencia que tuvieron de sí mismos, y fueron los primeros en reconocer y proclamar nuevamente, con los hechos, la santidad de la naturaleza, la infinitud del arte, la necesidad del saber, el respeto por el mundo y la omnipresencia de lo que en verdad es histórico, así como fueron los primeros en poner fin a un reino de fantasmas más alto, más general y más terrible de lo que jamás hubieran podido ellos imaginar.

Sólo a través de un conocimiento más exacto de la religión puede juzgarse mejor esos productos espantosos del sueño religioso, aquellas ensoñacio-

nes y delirios del órgano sagrado, y sólo entonces es posible comprender rectamente la importancia de tal obsequio. Donde los dioses faltan, reinan los fantasmas, y la verdadera época de nacimiento de los fantasmas europeos, y que también explica muy completamente su forma, es el período de transición entre la doctrina griega de los dioses y el cristianismo. Ingresad, pues, también, filántropos y enciclopedistas, en la logia pacificadora y recibid el beso fraternal, levantad el velo gris y mirad con amor juvenil la maravilla de la naturaleza, de la historia y la humanidad. Os conduciré donde un hermano que hablará con vosotros: y vuestros corazones se abrirán, y vuestro presentimiento amado, muerto una vez, se revestirá con un nuevo cuerpo, y abrazaréis nuevamente y reconoceréis lo que habíais entrevisto y lo que el grave entendimiento terreno no podía, por cierto, procuraros.

Este hermano es el latido cordial de la nueva época; quien lo haya sentido no duda ya más en su venida, y con el orgullo dulce de pertenecer a su tiempo se separa también de la masa para unirse a la nueva multitud de los novicios. El ha tejido un velo nuevo para la Santa Virgen, que se adhiere a sus miembros celestiales y sugiere sus formas, y sin embargo, las cubre más pudorosamente que cualquier otro. El velo es para la Virgen lo que es el espíritu para el cuerpo, su órgano indispensable, cuyos pliegues son las letras de su dulce anunciación; el juego infinito de los pliegues es una música de cifras, pues el lenguaje es demasiado rígido para la Virgen, e impúdico, y sus labios solamente se abren para cantar. Para mí, no es sino el llamado solemne a una nueva unión originaria, el golpe de ala inmenso de un heraldo angélico que pasa. Son los primeros dolores, ¡dispóngase cada cual para el nacimiento!

La física ha alcanzado ahora su cima, y fácilmente podemos abarcar con la mirada la corporación científica. En el último tiempo, el desvalimiento de las ciencias externas, se había hecho cada vez más evidente, a medida que nos íbamos familiarizando más con ellas. La naturaleza empezó a parecer más y más indigente y habituados al brillo de nuestros descubrimientos, vimos con una mayor claridad que sólo se trataba de una luz prestada, que no llegaríamos a encontrar y construir, con los instrumentos y los métodos conocidos, aquello esencial que era objeto de nuestra búsqueda. Cada investigador debió confesarse que una ciencia no es nada sin la ciencia vecina, y así nacieron intentos de mistificación de las ciencias y la esencia maravillosa de la filosofía, considerada ahora como un elemento científico puramente expositivo, se transformaba en un esquema simétrico fundamental de las ciencias. Algunos otros establecieron nuevas relaciones entre las ciencias concretas, promovieron un comercio recíproco más vivo y trataron de purificar enteramente su clasificación histórico-natural. Esa labor prosigue, y es fácil estimar cuán favorable es este comercio con el mundo externo e interno pa-

ra la formación superior del entendimiento, para el conocimiento del primero y para la animación y cultivo del último, y cómo, bajo estas circunstancias, debe aclararse el clima, y el viejo cielo —y con él la aspiración a éste, la astronomía viviente— debe volver a aparecer.

Volvámonos ahora hacia el espectáculo político de nuestro tiempo. El mundo antiguo y el mundo nuevo están en lucha, la precariedad y la indigencia de las instituciones políticas existentes se han hecho manifiestas a través de fenómenos terribles. ¿Qué ocurriría si también aquí, como en las ciencias, la finalidad histórica de la guerra fuese una conexión y un acercamiento más estrechos y variados de los estados europeos, si Europa, hasta aquí adormecida, empezara ahora a animarse, si despertase Europa, y si ante nosotros se alzara un Estado de Estados, una Doctrina de la Ciencia aplicada a la política! ¿Acaso la jerarquía, este esquema simétrico fundamental de los Estados, habría de ser el principio de una alianza de los mismos, como intuición intelectual del yo político? Es imposible que las fuerzas del universo entren por sí mismas en equilibrio, sólo un tercer elemento, a la vez temporal y supraterráneo, puede solucionar ese problema. Entre las potencias en lucha no se puede pactar paz alguna, toda paz es solamente una ilusión, sólo un armisticio; desde el punto de vista de los gabinetes, de la conciencia común, ninguna conciliación es posible. Ambas partes tienen grandes y necesarias pretensiones, y tienen que cumplirlos, impulsadas por el espíritu del mundo y de la humanidad. Ambas son fuerzas indestructibles del corazón humano; aquí, la devoción por la antigüedad, la adhesión a la constitución histórica, el amor a los monumentos ancestrales y a la dinastía vieja y gloriosa, y la alegría de la obediencia; allá, el sentimiento encantador de la libertad, la incondicionada expectación de esferas de acción poderosas, el gusto por lo nuevo y juvenil, la no coartada relación con todos los ciudadanos, el orgullo por la validez universal humana, la alegría del derecho personal y de la propiedad colectiva, y el vigoroso sentimiento cívico. Que ninguna espere aniquilar a la otra, todas las conquistas aquí nada significan, pues la capital más interior de cada reino no está detrás de murallas y no se deja tomar por asalto.

Quien sabe si la guerra no ha durado ya bastante; pero ella no cesará jamás, si no se coge la palma que sólo puede tendernos una potencia espiritual. Seguirá corriendo la sangre sobre Europa, hasta que las naciones caigan en la cuenta de la locura terrible que las hace girar en círculos, y hasta que avancen conmovidas y suavizadas por una música santa, hacia los antiguos altares en colorida mezcla, emprendiendo obras de paz y celebrando sobre los campos de batalla humeantes, y con cálidas lágrimas, un gran ágape como fiesta de paz. Sólo la religión puede despertar a Europa nuevamente y asegu-

rar a los pueblos, e instalar sobre la tierra, con un nuevo esplendor, a la cristiandad en su antigua función pacificadora.

¿Acaso tienen las naciones todo lo que al hombre pertenece, menos su corazón, su órgano sagrado? ¿No se amigarán, como los hombres ante los ataúdes de los que ellos aman, no olvidarán toda enemistad, cuando les hable la piedad divina, y cuando *una* desdicha, *un* dolor, *un* sentimiento llene sus ojos de lágrimas? ¿No los conmoverán, con toda fuerza, el sacrificio y la entrega, y no aspirarán a ser amigos y aliados?

¿Dónde está esa antigua y amada fe, la única que salva, la fe en el gobierno de Dios sobre la tierra, dónde está esa confianza de los hombres entre sí, aquella dulce devoción en las efusiones de un espíritu divinamente animado, aquel espíritu de la cristiandad que todo lo abraza?

El cristianismo tiene una triple figura. Una es el elemento en que la religión nace, como alegría que se experimenta por toda religión. Otra es la mediación en general, como la fe en la capacidad que todo lo terreno tiene que ser el pan y el vino de la vida eterna. Otra es la fe en Cristo, en su Madre y en los Santos. Elegid la que os plazca, elegid las tres, poco importa, con ello os convertiréis en cristianos y en miembros de una comunidad única, eterna, indeciblemente feliz.

La vieja fe católica, última de estas figuras, era un cristianismo aplicado, vivificado. Su omnipresencia en la vida, su amor por el arte; su profunda humanidad, la indisolubilidad de sus matrimonios, su sociabilidad amistosa para los hombres, su alegría en la pobreza, en la obediencia y fidelidad hacen imposible no ver en ella la religión auténtica y contienen los rasgos fundamentales de su constitución.

Ha sido purificada por el caudal de los tiempos; en unión íntima e indiscernible con las otras dos figuras del cristianismo alegrará eternamente a esta tierra.

Su figura accidental ha sido aniquilada casi enteramente, el viejo pasado yace en el sepulcro, y Roma está en ruinas por segunda vez. ¿No debe cesar, por fin, el protestantismo, y hacer lugar a una Iglesia nueva y más duradera?

Los otros continentes esperan la reconciliación y el renacimiento de Europa para asociarse a ella y convertirse en conciudadanos del Reino de los Cielos. ¿No debería haber pronto en Europa, otra vez, una multitud de espíritus verdaderamente santos, no deberían colmarse de anhelos todos los verdaderos miembros de la familia religiosa, para contemplar el cielo sobre la tierra, e ingresar gustosamente y entonar sagrados himnos?

La cristiandad debe volver otra vez a la vida y a la acción y formar nuevamente una Iglesia visible sin consideración de fronteras territoriales, que

acoja en su seno a todas las almas que tienen sed de lo sobrenatural, y que gustosamente se convierta en la mediadora del viejo y nuevo mundo.

Es preciso que ella vuelque de nuevo el cuerno de la abundancia sobre los pueblos. Del seno sagrado de un venerable concilio europeo renacerá la cristiandad, y la tarea de despertar a la religión será llevada a efecto según un vastísimo plan divino. Nadie volverá a protestar contra la opresión cristiana o secular, pues la esencia de la Iglesia será la libertad genuina, y todas las reformas necesarias serán realizadas bajo su mando, como procesos políticos pacíficos y legales.

¿Cuándo y cuándo será? No se haga la pregunta. Sólo paciencia, ella vendrá, debe venir la era sagrada de la paz perpetua, en que una nueva Jerusalem será la capital del universo; y, hasta entonces, guardaos serenos y valerosos en los peligros de la época, compañeros de mi fe, proclamad con palabras y con hechos el divino Evangelio, y permaneced fieles a la fe infinita y verdadera, hasta la muerte.

Traducción: Pablo Oyarzún.

[EL ALMA BELLA]*

Por tanto, en la majestad de su nobleza por encima de la ley determinada y de todo contenido del deber, la buena conciencia pone el contenido arbitrario en su saber y querer; es la genialidad moral que sabe la voz interior de su inmediato saber como voz divina, y en tanto sabe de modo también inmediato la existencia en este saber, esta genialidad moral es la fuerza creadora divina que tiene en su concepto la vitalidad. Ella es, de la misma manera, el servicio divino en sí mismo, pues su actuar es el intuir de ésta su propia divinidad.

Este solitario servicio divino es, esencialmente, al mismo tiempo, el servicio divino de una *comunidad*, y el puro interior *saberse* a sí mismo y el escuchar llegan a ser momento de la *conciencia*. La intuición de sí es su existencia *objetiva*, y este elemento objetivo es la enunciación de su saber y querer, como un *universal*. A través de esta enunciación el sí mismo llega a ser lo vigente y la acción obrar que ejecuta. La realidad efectiva y la consistencia de su obrar es la autoconciencia universal; la enunciación de la buena conciencia pone, empero, la certeza de sí misma como puro sí mismo y por ello como sí mismo universal; los otros hacen valer la acción en razón de este discurso en que el sí mismo es expresado y reconocido como la esencia. El espíritu y la sustancia de la unión de aquéllos es, por tanto, la mutua reiteración de su escrupulosidad, sus buenas intenciones, el regocijo por esta recíproca pureza y el deleite ante la magnificencia del saber y enunciar, del delicado esmero frente a tal excelencia. En tanto esta buena conciencia diferencia todavía su conciencia *abstracta* de su *autoconciencia*, tiene su vida solamente *oculta* en Dios; Dios está ciertamente presente *de modo inmediato* a su espíritu y corazón, a su sí mismo, pero lo manifiesto, su conciencia efectiva y el movimiento mediador de la misma le es un otro que aquel oculto interior a la inmediatez de la esencia presente. Mas sólo en la buena conciencia acabada se supera la diferencia de su conciencia abstracta y de su autoconciencia. Ella sabe que la conciencia *abstracta* es precisamente *ese sí mismo*, ese ser para sí cierto de sí, sabe que la *diversidad* es *superada* precisamente en la *inmediatez* de la *relación* del sí mismo con el en sí, que, puesto fuera del sí mismo, es la esencia abstracta y lo que se le oculta. Pues aquélla es una relación *mediadora*, en la que los términos relacionados no son mutuamente uno y el mismo, sino que son un *otro* para el otro, y sólo son uno en un tercero; la relación *inmediata* significa empero, de hecho, precisamente la unidad. La conciencia, elevada sobre la ausencia de pensamiento que sostiene como di-

*El texto aquí vertido se encuentra en: Hegel, *Phänomenologie des Geistes*, (Hamburg: F. Meiner V., 1952), pp. 460-463.

ferencia estas diferencias que no lo son, sabe la inmediatez de la presencia de la esencia en ella como unidad de la esencia y de su sí mismo, sabe por tanto su sí mismo como el en sí viviente y este saber suyo como religión, que en cuanto saber intuitivo o existente es el habla de la comunidad sobre su espíritu.

Con ello vemos retroceder aquí a la autoconciencia hasta su lugar más íntimo, donde se le desvanece toda exterioridad como tal —a la intuición del yo = yo, dentro de la cual este yo es toda esencialidad y existencia. Ella naufraga en este concepto de sí misma porque es arrastrada hasta sus últimos extremos, y ello de tal modo que los momentos diferenciados gracias a los cuales es real o siquiera *conciencia*, no sólo para nosotros son estos puros extremos sino que aquello que es para sí y aquello que le es en sí y le es existencia se evapora en abstracciones que ya no tienen sostén ni sustancia para la misma conciencia, y todo cuanto hasta ahora fue esencia para la conciencia retrocede a estas abstracciones. Destilada hasta esta pureza, la conciencia es su figura más pobre, y la pobreza, que constituye su única posesión, es ella misma desaparecer; esta *certidumbre* absoluta en que se ha disuelto la sustancia es la absoluta *no verdad* que se desploma dentro de sí; la conciencia es la *autoconciencia* absoluta en que naufraga la *conciencia*.

Consideremos este naufragio en el interior de sí mismo: la *sustancia* que es *en sí* es para la conciencia el *saber* como *su* saber. En cuanto conciencia, ella está separada en la oposición de sí y del objeto que para ella es la esencia; pero este objeto es precisamente el sí mismo completamente transparente, es *su sí mismo*, y su conciencia es sólo el saber de sí. Toda vida y toda esencialidad espiritual ha retrocedido hasta este sí mismo y ha perdido su diversidad con el mismo yo. Los momentos de la conciencia son, por tanto, estas abstracciones extremas, ninguna de las cuales se sostiene, sino que se pierde en la otra y la engendra. Ella es el trueque de la conciencia desgraciada consigo, trueque que ocurre empero para ella misma en su interior y que es consciente de ser concepto de la razón, que aquélla es sólo *en sí*. Por tanto, la *certidumbre* absoluta de sí misma se le convierte bruscamente a ella en cuanto conciencia, de modo inmediato, en un sonido que se aleja y se extingue, en objetividad de su ser para sí; pero este mundo creado es su *discurso*, que ella ha escuchado también de modo inmediato, y cuyo eco solamente retorna a ella. Este retorno no tiene por tanto la significación de que ella es *en* y *para sí* dentro de él, ya que la esencia no es para ella un *en sí*, sino ella misma; tampoco tiene ella *existencia*, porque lo objetivo no alcanza a ser un negativo del sí mismo efectivo, ni éste llega a realidad efectiva. A ella le falta la fuerza de la alienación, la fuerza de hacerse cosa y de soportar el ser. Vive en la angustia de manchar el esplendor de su intimidad por la acción y la existencia; y para preservar la pureza de su corazón rehúye el contacto de la realidad y persiste en la

obstinada impotencia de renunciar a su sí mismo llevado a la extrema abstracción, a darse sustancialidad o a transformar su pensamiento en ser y a entregarse a la absoluta diferencia. El objeto vacío que ella se crea es, por tanto, llenado por ella con la conciencia de su vacuidad; su hacer es la añoranza que no hace más que perderse en el llegar a hacer de sí misma objeto sin esencia y que, recayendo en sí misma más allá de esta pérdida, se encuentra sólo como añoranza perdida; en esta transparente pureza de sus momentos, una desgraciada y así llamada *bella alma* se va consumiendo a sí misma y se desvanece como un vapor informe que se disuelve en el aire.

Traducción: R. Hernández V.